

Introducción

El problema de la ciudadanía. Moralidad, orden y política

Fernando Escalante Gonzalbo

EL TEMA DE LA CIUDADANÍA suele resurgir en Occidente de manera cíclica, cada vez que parece necesario discutir de nuevo, o arreglar el conjunto de las instituciones políticas. Y es cosa lógica y entendible: en el asunto de la ciudadanía se complican los temas de la virtud, la legalidad, el interés público y, por supuesto, el fundamento del poder político.

El republicanismo, como tradición ideológica que soporta a la noción de ciudadanía, es un discurso crepuscular, por decirlo así. Reaparece, típicamente, en las crisis que son percibidas como resultado de la decadencia: ocurre con Tácito, con Maquiavelo, con Montesquieu y Rousseau, y del mismo modo hoy día. Cuando se habla de ciudadanía se habla de virtudes públicas, de participación responsable, de revitalizar, a fin de cuentas, instituciones políticas cuyo sentido originario se ha perdido, instituciones degradadas por el egoísmo, la corrupción y cosas semejantes.

En consecuencia, el modelo político que imagina y propone la tradición republicana —en cualquiera de sus resurrecciones— es, no sólo simple, chato incluso, sino también acusadamente idealista. El lenguaje de las virtudes y los derechos oscurece y menosprecia de hecho, al menos prestigioso, menos brillante, menos emocionante, de los intereses, los arreglos, el cálculo...

En su metamorfosis más reciente, en México el republicanismo aparece mezclado, de manera característica, con la retórica de la modernización. Y el resultado es notable por su simplicidad y por su capacidad de seducción. La ciudadanía, como forma política, será el resultado de un

proceso de regeneración nacional que elimine definitivamente las formas arcaicas de un orden que se supone tradicional y autoritario: vale decir, será el resultado de la “transición a la democracia”, tema que congrega a la mayor parte de los estudiosos de Iberoamérica, dicho sea de paso.

En otras partes, el resurgimiento de la tradición republicana ha desembocado en la exigencia, bastante imprecisa, de una “democracia radical”. En México, para decirlo con brevedad, el asunto viene a quedar reducido a la desaparición del PRI. según reza el argumento común, la acción política evoluciona de las formas “clientelistas” a las formas “ciudadanas”, dice también que ese proceso es el tránsito hacia la democracia, y que el signo visible de ello en México será el fin del predominio priista. Una simpleza, pues, pero que resulta bastante atractiva porque puede entreverarse con datos ciertos y suposiciones más o menos atinadas.

El problema fundamental, apuntado ya, estriba en el sesgo idealista del modelo. En él la ciudadanía es una forma abstracta, definida casi sólo por oposición a los rasgos de la conducta presuntamente tradicional o clientelista: una forma cuya característica más notoria sería su desvinculación de la trama concreta del orden social. El ciudadano es desinteresado y solidario, obediente, legalista, y reconoce sin dificultad su interés en el interés público.

El conjunto de ensayos que se reúnen aquí tiene el propósito de corregir en algo esa proclividad idealista. La intención de todos los trabajos es buscar el fundamento sociológico, concreto de las prácticas ciudadanas. Una tarea que tiene sentido sólo si se supone que la condición ciudadana no es incompatible con las otras formas —que suelen llamarse tradicionales— de comportamiento político.

Para decirlo muy brevemente, el ejercicio de los derechos ciudadanos, la participación individual en los procesos de elección y demás, no excluyen la pertenencia a redes, comunidades, gremios o clientelas de tipo. Al contrario: el espacio político en que la ciudadanía adquiere su forma por la existencia de esas otras configuraciones —digamos, no individualistas— del orden social.

La ciudadanía es la condición formal de la participación política dentro del orden jurídico, en el espacio ideológico e institucional definido por el Estado; pero no se agota en ello la política. Más allá de las formas, la voz *ciudadano* significación dudosa y hasta problemática, por cuya razón es forzoso buscar en otras dimensiones —sociales, económicas, culturales, geográficas— el sentido de las prácticas políticas, contando, desde luego, con que la ciudadanía es uno de los anclajes ideológicos disponibles siempre en nuestro repertorio cultural.

En esa exploración de límites imprecisos e itinerarios todavía provisionales, están comprometidos los textos que se reúnen a continuación.